

Textos

La hija del mercader y el hijo del Sultán

La narración que presentamos está incluida en el libro de Fátima Mernissi: El poder olvidado. Las mujeres ante un Islam en cambio, editado en Barcelona por Icaria, a quien agradecemos su permiso para reproducir este texto. Como la misma autora indica, el desarrollo del cuento se basa en la versión inglesa de Lila Heron. Esta vez hemos elegido, para ilustrar esta sección, no un texto teórico o programático, sino uno de esos cuentos populares que tantas veces son más explícitos que cualquier tipo de programa a la hora de poner de manifiesto una determinada problemática. La violencia contra la mujer empieza por considerarla inferior al hombre en inteligencia. Las palabras siguientes, de forma un tanto ingenua, aunque efectiva, tratan de luchar contra el estereotipo.

Una de mis lecciones de humildad más importantes la he recibido escuchando cuentos populares narrados por mi tía analfabeta Aziza, que ahora tiene setenta y nueve años. Uno de ellos dice así:

Había una vez un rico mercader que tenía una hija tan hermosa como la luna. (Alabad al Señor, quien ha creado tanta belleza). Una tarde, cuando ella se paseaba, como de costumbre, por la terraza de su tejado, su ama le dio una escudilla con sopa de *mhamsa*. Al beber la sopa derramó una bolita de pasta sobre su pecho, la recogió y después se la comió. En la terraza de al lado la estaba viendo el hijo del Sultán, y le dijo:

—Oh, Lalla, tú que cuidas la albahaca y riegas las plantas en el terrado, dime, ¿cuántas hojas tiene tu planta?

—Oh, hijo del Sultán —contestó ella—, tú que gobiernas sobre muchas tierras, tú que eres instruido y sabio y que lees el Corán, dime, ¿cuántos peces hay en el mar, estrellas en el cielo, puntos en el Corán?¹

—¡Haz callar tu codicia! —se burló de ella el príncipe. Te he visto comer la *mhamsa* que cayó sobre tu pecho.

La joven doncella abandonó la terraza muy ofendida y le dijo a su ama que la acompañase al santuario de Moulay Idrise para distraerse y serenar su mente. En el camino volvió a encontrarse con el hijo del Sultán. Esta vez estaba sentado al lado de un vendedor de fruta, comiendo una granada. Una semilla de la granada cayó al suelo, él la recogió y después se la comió. La moza se alegró al ver este gesto inesperado en él y volvió a casa en el mejor de los espíritus.

1 El Corán está escrito en árabe, en cuyo alfabeto los puntos forman una parte constituyente de muchas de sus letras.

A la mañana siguiente, muy temprano, subió a la terraza a regar su maceta de albahaca y bordar, como era su costumbre. Más tarde intercambiaron las mismas palabras que la noche anterior:

–Oh, Lalla, tú que cuidas la albahaca y riegas las plantas del terrado, dime, ¿cuántas hojas tiene tu planta?

–Oh, hijo del Sultán –contestó ella–, tú que gobiernas sobre muchas tierras, tú que eres instruido y sabio y lees el Corán, dime, ¿cuántos peces hay en el mar, estrellas en el cielo, puntos en el Corán?

–¡No sigas, mujer codiciosa, tú que te comes la *mhamsa* después de derramarla sobre tu pecho!

Pero esta vez, al escuchar sus palabras, la muchacha pudo contestar triunfante:

–¡Para qué hablas!, hombre codicioso, ¡tú que te comes semillas de granada del barro después de dejarla caer al suelo entre tus *balgas*!²

Sorprendido por esta contestación, el hijo del Sultán se fue enojado. Se compró ropa y se disfrazó de vendedor ambulante de artículos para mujeres. Con capucha y *balgas* negras, provisto de cosas para mujeres, se paseó por las calles gritando:

–¡Perfume, espejos, toallas, peines, sortijas! Su interpretación fue tan buena que consiguió engañar a la hija del mercader. Le pidió a su *dada* que bajara a comprarle un perfume. Al ver que sus artimañas daban resultado, el príncipe disfrazado le dijo al ama:

–Elige y toma lo que quieras. Por todo lo que tengo solamente pido un beso en la mejilla de tu señora. La hija del mercader consintió y besó al sucio mercader en la mejilla. Éste se marchó, contento con el éxito que había tenido.

Al día siguiente subió a la terraza y encontró a la hija del mercader regando su albahaca. Intercambiaron las mismas palabras de siempre. Pero ahora el príncipe pudo regocijarse de su triunfo:

–Me he hecho pasar por un vendedor ambulante y la hija el mercader me besó en la mejilla.

Aturdida y llena de rabia Lalla Aicha abandonó la terraza y llamó a su ama:

–*Dada*, quiero ir enseguida a visitar a mi tía, ¿quieres venir conmigo?

–Con mucho gusto –contestó la *dada*.

Lalla Aicha contó todo lo que le había ocurrido a su tía y le pidió que la ayudara a disfrazarse de esclava. Después de cambiar su aspecto fue conducida por su tía al mercado de esclavos. El mercader de esclavos quedó tan prendido de la belleza de la muchacha que se la envió al hijo del Sultán como obsequio. Lalla Aicha acudió con una navaja, un pepino, carmín y una fuerte poción para dormir. Le dio el somnífero al príncipe y esperó a que se durmiera. Después le afeitó la barba y el bigote, le pintó los labios como a una mujer, colgó el espejo de su cuello, le metió el pepino en el culo y se fue corriendo. Cuando volvió a casa, se lavó bien y se volvió a poner su ropa habitual. Mientras tanto el príncipe se despertó encontrándose en una situación muy humillante.

2 Pantalones anchos, abombados.

A la mañana siguiente, en el terrado, se repitió el mismo diálogo de siempre entre la doncella y el príncipe (ahora afeitado y con la piel suave de una mujer). Esta vez ella salió victoriosa de la contienda verbal:

–Me disfracé de esclava y jugué una mala pasada a un príncipe.

Furioso y humillado, el hijo del Sultán juró que se casaría con esta mujer tan obstinada y que le demostraría que el hombre es más listo que la mujer. Pidió su mano en matrimonio y su padre consintió. Cuando ya era suya, la encarceló en una celda subterránea, con ropa fea y abombachada, pan de cebada una vez al día y una jarra de agua del *wad*³ para beber.

Pero la joven fue tan astuta que pudo cavar un túnel subterráneo que le permitía entrar y salir de la casa de sus padres. Allí se iba cada día a beber y a comer, cuidándose de estar en la celda siempre que su marido venía a traerle nuevas provisiones. Al darle el pan moreno y la jarra, le decía:

–Lalla Aicha, triste inquilina de esta celda, ¿quién es más inteligente, el hombre o la mujer?

–La mujer, oh mi señor –era su respuesta. Le fue imposible obligarla a que se rindiera.

De esta manera pasaban los días. El Sultán murió y fue sucedido por su hijo. Al principio de la primavera el joven Sultán decidió pasar un tiempo en el campo, según era su costumbre, y fue a la celda a visitar a su esposa.

–Dentro de ocho días, a las cinco de la mañana, partiré para Sour, donde pasaré unos quince días.

–¡Que lo pases bien! –contestó la joven esposa–. ¡Y que la suerte te acompañe! Rápidamente pasó por el túnel a la casa de sus padres y les pidió provisiones y galas más lujosas que las que el propio Sultán se llevaría a Sour. Quería llegar antes que él para que la encontrara ya cómodamente instalada.

La noche antes de partir, el Sultán fue a despedirse de su esposa y al día siguiente emprendió viaje al amanecer. Cuando llegó a Sour, allí había tiendas de terciopelo más finas que las suyas. Al lado de una de las tiendas había una joven esclava vestida lujosamente. Muy sorprendido, el Sultán empezó a hacer indagaciones y descubrió que una joven y exquisita mujer había llegado esa misma mañana para quedarse varios días. Lleno de curiosidad, el Sultán le dijo a la esclava que le preguntara a su señora si lo quería recibir. Ella le contestó que su señora no veía a nadie si no pasaba primero tres días en la ciudad como *farmatchi*, recogiendo bostas de caballo.

El Sultán consintió y volvió al cabo de tres días. Calentaron agua para que pudiera bañarse y arreglarse. Después le dejaron entrar a la tienda de la mujer misteriosa.

–No hablaré contigo –dijo Lalla Aicha–, a no ser que firmes un contrato matrimonial conmigo y me des como dote tu espada y cinturón. Prendido de la dulzura de su voz, el Sultán consintió. Sin darse cuenta de cómo pasaba el

3 Agua de río sin tratar para que sea potable.

tiempo, el Sultán pasó veinte días enteros con su amada sin reconocerla. El vigésimo día vinieron a avisarle de que si no volvía a la ciudad estallaría una revolución. Se fue dejando a su mujer preñada.

Cuando el Sultán llegó, Lalla Aicha ya había vuelto a su celda. En seguida el marido quería convencerla para que admitiera que el hombre es más astuto que la mujer.

—He pasado veinte días muy agradables en compañía de una mujer con tus ojos, tus manos, tu cuerpo y una voz como la tuya.

—En verdad, grande es tu suerte y la buena fortuna te acompaña. ¡Que la alegría y el placer estén contigo —le dijo alegremente.

Todo siguió igual que antes. Cuando estaba preñada de cinco meses Lalla Aicha comenzó a hacer los preparativos para el parto. En el noveno mes tuvo un hijo, al cual llamó Sour.

En la primavera del año siguiente el Sultán se volvió a marchar al campo, esta vez a un lugar llamado Dour. Igual que el año anterior, Lalla Aicha llegó antes que él y todo ocurrió igual. Esta vez ella le pidió que pasara tres días como vendedor de condimentos y que le diera la vaina de su espada con su cuerda de seda como dote. Más adelante dio a luz un niño que llamó Dour.

En el tercer año, lo mismo ocurrió en El Qcour. Esta vez el Sultán tuvo que pasar tres días limpiando el establo del caballo de la hermosa mujer y darle su anillo como dote. Más tarde nació una niña, llamada Lalla Hamamel El Qcour, la paloma de los palacios.

El Sultán visitaba la celda, Pero Lalla Aicha siempre se negaba a reconocer la superioridad de los hombres sobre las mujeres. Finalmente el Sultán se hartó de esta mujer tan obstinada y le dijo que tomaría una segunda esposa, que sería su favorita. Ella asintió sin sofocarse.

—¡Por Alá, que triunfes y asegures tu reino! —dijo—. ¿Cuándo vas a preparar los aposentos de tu nueva esposa?

—Un día de estos, contestó.

—Muy bien. Te deseo suerte.

Cuando llegó el día señalado, ella vistió a sus hijos con sus mejores galas. Los llevó a palacio y les dio órdenes para que ayudaran en las nupcias. Esto los niños lo hicieron de maravilla, metiendo sus narices en todo hasta que los echaron. Entonces gritaron:

—¡Esta es la casa de nuestro padre y los que nos echan son hijos de perros! Gritaron tan alto como pudieron:

—¡Ven hermano Sour! ¡Ven hermano Dour! ¡Ven hermana Lalla Hamamel El Qcour!

Así fue como el Sultán se enteró de que eran sus hijos y tuvo que reconocer que la mujer es mucho más lista que el hombre. Ya no quería casarse con ninguna otra mujer y las celebraciones se realizaron en honor a Lalla Aicha. Y si la fiesta no ha acabado, allí estarán ahora.